

Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales

Una de las ocasiones editoriales más importantes que se producen a lo largo del año en España es la Feria del Libro, momento en que se produce una eclosión de novedades que pretenden no sólo cubrir los intereses más inmediatos de los lectores sino también los del periodo estival. Existe, por tanto, una superabundancia de títulos que obliga, al mismo tiempo, a la selección y a dedicar a algunos de ellos un menor espacio del que resultaría necesario para no hacer desmesurada esta sección.

JAVIER TUSELL

Ensayo político

Quizá merezca la pena comenzar esta selección por algunos de los títulos que han estado, merézcanselo o no, en la lista de éxitos y se refieren a cuestiones políticas, enfocadas desde perspectivas muy diversas. Uno de ellos es el de Manuel Vázquez Montalbán, *"Panfleto desde el planeta de los simios"*, Barcelona, Crítica, 1995, que no parece haber tenido el éxito esperado y que quizá corresponde a la segunda categoría citada.

Pocos negarán el papel central que en la Literatura española actual le corresponde a Manuel Vázquez Montalbán como novelista. Su obra, sin embargo, no se circunscribe a la ficción sino que es un prolífico articulista y además ha cultivado algunas fórmulas de ensayo, en especial el ideológico y aquel con el que

se pretende evocar, por la vida cotidiana, el ambiente de una época española. Todas esas son buenas razones para emprender con interés la lectura de su último libro, aun con la seguridad de que probablemente no se coincidirá con sus conclusiones. Hay, por si fuera poco, un argumento más que puede atraer a emprenderla. Los momentos actuales del fin de siglo debieran obligar a una reflexión general acerca del mundo

del futuro cuando tantas cosas han entrado en crisis y tan incierto puede parecer el rumbo a seguir. En otras latitudes tal esfuerzo ha sido emprendido pero, por el momento, es muy modesta la cosecha del ensayismo español. Quizá a MVM le hubiera podido corresponder hacer esta reflexión desde la orilla de la izquierda española que nunca ha hecho contribuciones tan decisivas en este género literario aunque esta insuficiencia resulte también aplicable a la derecha.

Sin embargo, este último libro no pasa de demostrar una inquietud por todos los interrogantes políticos y sociales del momento actual de la Humanidad, pero el lector, aparte de darse cuenta de que le irrita considerablemente el espectáculo del presente, apenas puede llegar a ninguna conclusión más de verdadero peso. Desflora, desde luego,

muchos temas pero no pasa de eso quizá porque le faltan muchas lecturas. Lo peor no es, sin embargo, eso, sino que recuerda una envenenada frase de Tierno Galván en sus a menudo vitriólicas memorias. De un personaje que aparece en sus páginas escribió el "viejo profesor" que era "formidable para desenvolverse en la confusión pero incapaz de salir de ella". MVM no tiene nada de confuso pero sí da la sensación de instalarse en una perplejidad para la que no encuentra salida.

Hubiera sido lógico, por ejemplo, para tratar de explicar el mundo actual partir de algún género de explicación del gran suceso de este fin de siglo, que no es otro que la caída del comunismo. Sobre el particular no hay en este libro ninguna argumentación más allá de una condescendencia con respecto a los partidos comunistas, como si estos no hubieran tenido otra misión que la de defender a las clases desfavorecidas. La realidad es, a pesar de lo que piense el autor, que las reformas sociales ni remotamente se pueden considerar obra de la acción de los comunistas sino que han sido consecuencia de los programas- de opciones políticas muy distintas. Sorprende tanta benevolencia cuando, a continuación, diagnostica el autor con acidez corrosiva

todo el espectáculo de la

política actual. Los profesionales de la misma se han convertido en sacerdotes rutinarios, servidos por intelectuales conformistas al servicio de una teología liberal. Mientras tanto el caso italiano testimonia los peligros de la telecracia, la explotación de los países del Sur por el Norte desarrollado se acentúa y el europeísmo aparece convertido en una especie de dogma de la Inmaculada Concepción incuestionable.

Si el panorama fuera como se describe en el libro se entendería el malhumor del autor, pero no se justifica haberlo escrito sin proponer soluciones. Por lo menos Vázquez Montalbán parece haber descubierto que el Bien no existe; es de suponer que con ello se refiere a la destrucción de su propio mundo ideológico a partir de 1989. Pero si eso constituye un avance, el hecho de que siga juzgando como el Mal a aquello

que ya merecía esta opinión suya en el pasado testimonia muy escaso avance. Por supuesto hay que pensar que su opinión sobre la democracia liberal y el capitalismo debe integrarse en aquel de modo irremediable.

De manera que la lectura de este libro casi tan sólo sirve para apuntar algunos temas decisivos pero que deben ser abordados de otro modo. El interrogante presente sobre la Política del futuro no puede basarse en el supuesto extremo de perversión al que ha llegado la socialdemocracia. La cuestión consiste en que, habiendo triunfado de forma definitiva la democracia —que es el único sistema de organización política moral e intelectualmente aceptable en este fin de siglo y para el futuro—, debe ser reinventada o reformulada de acuerdo con unas exigencias nuevas. Es, sin embargo, muy difícil hacerlo si uno está anclado en el comunismo de 1988. En otro terreno fundamental, el del Nuevo Orden Mundial, es obvio que la conversión de Estados Unidos en único gendarme mundial tiene gravísimos peligros, pero de eso a practicar un antinorteamericanismo visceral (incluso con ataques a la hamburguesa) o a resucitar las decrepitas teorías de la dependencia hay un abismo. MVM plantea cuestiones candentes pero las resuelve desde un ideario del pasado.

Ya que tratamos de este autor quizá merezca la pena también hacer referencia a otra obra suya aparecida recientemente y que se sitúa a caballo entre la Política y la Historia en "*Pasionaria y los siete enanitos*", Barcelona, Planeta, 1995. MVM da una prueba de su pasión por la Historia que le ha hecho escribir alguna de sus mejores obras literarias, como "Galíndez", y alguno de sus textos más decepcionantes —por no saber el lector si se trata de un intento de fabulación o de historia—, como es la "Autobiografía de Franco". En el caso de "Pasionaria..." se trata de un ensayo histórico entretenido más que nada por la lectura en paralelo que el autor hace de las distintas versiones que de la dirigente comunista dieron en su día quienes la conocieron. En general Dolores Ibárruri, considerada como una heroína revolucionaria, queda, injustificadamente, mejor que quienes escribieron acerca de ella. Del libro se salva la inteligente apreciación de los autores y, en cambio, resulta fastidiosísima la indigesta justificación teórica que el autor pretende. Como trasfondo Vázquez Montalbán sigue teniendo muy en cuenta ese desánimo de una izquierda que ha visto la derrota del comunismo y sigue sin haberlo digerido.

Un militante en el pasado del PCE y muy lejano a él ha escrito, sin embargo, un libro ejemplar

que se sitúa también entre la Historia y la Política pero que también cabría incluir en la autobiografía. Me refiero a *Jorge Semprún, "La escritura y la vida"*, Barcelona, Tusquets, 1995, que, con pleno merecimiento, ha figurado en las listas de éxito de estos últimos tiempos, no sólo en España sino también otros países. El autor de esta reseña debe reconocer que es uno de los libros que más impresión le han causado en los últimos tiempos. Alberto Moravia escribió que la literatura es la memoria y esta afirmación, que siempre ha sido y será cierta, lo resulta de manera especial en el caso de algunos autores. De manera singular lo es en el de Semprún, de quien puede decirse que en realidad no ha escrito más que una novela en la que la línea de separación entre ficción y no ficción es imprecisa. Sucede, sin embargo, que la última versión de su experiencia vivida es también su mejor obra y probablemente una obra

maestra de la literatura contemporánea. No necesitaba serlo e incluso se puede pensar que el hecho de que en 1995, el año de cincuentenario de la finalización de la guerra mundial, aparezca un libro suyo acerca de su experiencia en los campos de concentración, si puede asegurar un éxito de público lector, quizá, sin embargo, hubiera podido lastrarlo de un oportunismo banal. Pero no es así. En 1995 los españoles hemos tenido la fortuna de que uno de nuestros escritores haya podido ofrecernos, de una trágica experiencia universal, un texto literario que provoca una emoción de una hondura humana que va a ser muy difícil de superar.

Como muy bien dijo Mario Vargas Llosa en la presentación de "*La escritura y la vida*", el problema de un libro como este consiste en encontrar el tono exacto y oportuno. Un escritor puede, en efecto, al abordar una temática como esta, tratar de pergeñar tan sólo un documento o un testimonio pero, si así lo hace, se equivocará porque lo que fueron los campos ya es de sobras conocido gracias a estudios sobre cuya objetividad no existe duda alguna. La narración de una experiencia individual en unas circunstancias tan trágicas como las de un campo de concentración queda, además, condenada a padecer

el doble peligro de la trivialización o la truculencia cuando no de ambos a la vez de manera sucesiva. Semprún, sin embargo, no ha caído en ninguno de ellos. No hay en "La escritura y la vida" ningún regodeo en la descripción del horror ni tampoco anécdotas de escaso interés y, además, el autor ha logrado ese difícil equilibrio entre la evocación de lo que es una experiencia radicalmente íntima y la capacidad para trascenderla con carácter general. Es precisamente eso lo que convierte a una obra literaria en excepcional.

Lo que narra el escritor español es ni más ni menos que el regreso de la muerte, del Horror con mayúscula o del Mal absoluto. Ahora bien, se comprende que de ese tipo de experiencia vital no ofreciera una narración argumentada con todos los detalles y, más aún, que no intentara escribirla días después de salir del campo. Las experiencias vividas en esas condiciones son demasiado devastadoras como para que se pueda pretender describirlas acto seguido. Se comprende que Semprún decidiera optar por la vida y abandonar temporalmente la escritura porque esta le hubiera impedido romper con esa parte oscura de su vida.

Ahora, cuando, medio siglo después de haber estado en Buchenwald, ha intentado de nuevo tomar la pluma para

escribir sobre esa experiencia,

el recuerdo se ha ido desvaneciendo y en ocasiones es incapaz de explicar la secuencia de los acontecimientos en los días posteriores a la liberación, pero de ese pasado quedan unas hilachas que se desprenden y que llegan a nosotros como expresión abrumadora de la tragedia. Se trata, por ejemplo, el recuerdo de la chimenea del campo que desprendía un hedor a las cenizas de los cadáveres que alejó a los pájaros, la mirada vacía de los cuerpos sin vida, la cancioncilla preagónica de un todavía vivo sepultado entre cadáveres o la disentería que lleva a la muerte a aquellos presos que en el momento de la liberación recibieron una alimentación superior a la que sus estómagos, acostumbrados al hambre, podían soportar ¿Disminuye la dureza de la descripción el hecho de que el escritor se remita a estos fognazos de su estremecedora experiencia? Más bien resulta

todo lo contrario. Todos estos fragmentos del recuerdo no son anécdotas sino que revelan la cotidianidad de ese Mal absoluto. Creo que esa es la gran lección que se desprende de esa lectura. Sabíamos por Hannah Arendt que lo característico del totalitarismo es su capacidad de conversión en moneda corriente y prosaica del Mal, y Primo Levi escribió también que los peores torturadores parecían seres normales. Lo que Semprún ahora nos transmite es la evidencia de que el Horror se puede convertir en algo cercano y que uno lo podía tocar con la yema de los días cada mañana en el campo de concentración.

Pero otra lección es que se puede sobrevivir a él. En un libro en que abundan las citas literarias hay una que merece la pena especialmente traer a colación. Procede de Malraux y se refiere al deseo del escritor francés de llegar a poder describir aquella "región crucial del alma donde el Mal absoluto se opone a la fraternidad". Lo que hace nacer la esperanza es el hecho de que en las circunstancias tan críticas como las que le tocó vivir, Semprún descubrió la amplitud y la hondura de ese sentimiento que le permitió superar la prueba. La esperanza de un mundo mejor está, en definitiva, alimentada por la realidad de que en esos momentos también es posible percibir cuanto de positivo hay en el alma humana.

Otra vertiente de ello nos la descubre Semprún con su revelación de que sobrevivió por casualidad (porque sabía alemán y le atribuyeron conocer un oficio manual) pero sobre todo porque la lectura le mantuvo la curiosidad y la capacidad para escapar del mundo que vivía y llegar a otros. Él no pudo escribir después del campo de concentración pero antes la literatura — la poesía, la filosofía...— le habían salvado la vida.

A menudo en la obra de nuestro escritor hay un elemento de polémica intelectual y política que también aparece en este libro. El hecho de que Buchenwald no tardara en reabrirse sustituyendo a los prisioneros judíos o comunistas por disidentes del estalinismo encierra toda una lección. Los dos totalitarismos pueden considerarse, por tanto, estrictamente idénticos. Pero, a diferencia de otros textos de Semprún, en este caso el factor pedagógico de su escritura es relativamente menor. Lo que gravita sobre su nuevo libro no es tanto enseñar o polemizar, ni siquiera advertir contra el peligro de la desmemoria o el simple olvido. Ahora se entiende por qué a veces, en reuniones con otras personas, Semprún aparece abstraído en un mundo propio. Gravita sobre él esa densa experiencia vivida que nos ha procurado transmitir en su último libro.

Un problema español: Cataluña.

En el terreno del ensayo político se debe reservar algún espacio a una cuestión decisiva respecto de la realidad cultural y política española que ha merecido en los últimos tiempos la aparición de varios libros con enfoques muy diversos y, sin duda, antagónicos. Parece evidente que en los últimos tiempos se ha envenenado una integración de Cataluña en el resto de España que parecía carente de problemas, principalmente, por la cuestión del bilingüismo. La cuestión tiene la trascendencia suficiente como para que en estas páginas nos refiramos a los libros que han aparecido acerca del particular.

En Josep Benet: 'L'intent franquista de genocidi cultural a Catalunya', Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 1995, encontramos un cumplido ejemplo de una actitud de los intelectuales nacionalistas

catalanes que podremos encontrar en otros y que parte de una base irrefutable aunque la conclusión implícita a la que llega resulte mucho más discutible.

La lectura del libro que acaba de publicar Benet acerca de la persecución del catalán en los años posteriores a la guerra civil produce una sensación que es, al mismo tiempo, abrumadora y desasossegante. La primera impresión nace del modo mismo en que está escrito el libro. Benet fue autor de un libro documental aparecido bajo el título "Catalunya sota el regim franquista" en que lo que hacía era, simplemente, engarzar un documento tras otro como testimonio del hecho represivo contra la lengua catalana en ese período. La fórmula por la que se ha inclinado ahora no consiste ya en la pura recopilación sino que introduce su propia pluma para intentar una interpretación aunque, con una voluntaria modestia, la limita al mínimo. De este modo el texto de su nuevo libro ha adquirido agilidad y, al mismo tiempo, mantiene la rotundidad convincente del primero. La impresión de desasosiego se impone por la mezcla entre brutalidad y estupidez en que consistió la persecución del catalán tras la guerra civil. Lo grave es que sobre ella argumentaron a favor incluso personas excelentes que supieron con el transcurso del

tiempo rectificar, arrepentirse y acabar siendo unos grandes enamorados de Cataluña (como fue el caso de Ridruejo, ejemplar traductor del "Quadern gris" de Pía). La sensación de desasosiego adquiere un tono angustioso si consideramos que en el momento en que se publica este libro hay quienes, en Madrid, han olvidado esta realidad o ahora se la achacan a quienes la padecieron durante tanto tiempo.

El término, en apariencia grueso, que emplea Benet para describir la situación de la posguerra —"genocidio"— se manifiesta, tras la lectura de este libro, plenamente acertado. No sólo el catalán quedó en 1939 reducido al ámbito privado y familiar y desaparecieron calles, monumentos, publicaciones en forma de libros, revistas y diarios, sino que muy a menudo se llegó a lo grotesco hasta tal punto que el lector no sabe bien si reír o llorar al leer algunas anécdotas. Con voluntaria frialdad narra Benet los casos de multas a establecimientos que tienen frases en catalán, porque procedían de la preguerra, participaciones de boda o programas de conciertos sancionados por la misma razón, conferencias telefónicas imposibilitadas por producirse en una lengua condenada a aparecer como "dialecto" o propuestas de disgregar comarcas enteras de Cataluña como castigo colectivo

a quien el vencedor consideraba alineado en su totalidad con los derrotados. Porque ésta es la realidad que se transparenta tras todas estas páginas. Hubo, por supuesto, catalanes en el bando que acaudilló Franco y, sin duda, ni todos en este último resultaron tan brutales ni el intento de genocidio permaneció durante todo el régimen, sino que se convirtió en algo más leve— tan sólo una marginación sistemática por falta de respeto a la realidad catalana— a partir de los sesenta. Pero para la Falange y los sectores más radicales todo lo catalán era, simplemente, el enemigo a batir. De todos los hechos chuscos que narra Benet quizá bate todas las marcas la edición clandestina (porque era en catalán) de un clásico como Shakespeare. Ahora que estamos conmemorando el cincuentenario del fin de la segunda guerra mundial conviene, también, recordar que en esos sectores radicales del

franquismo muy a menudo el catalán era equiparado con el judío, con todo lo que esto significaba por aquellos años.

Viene bien repasar esta triste página de nuestro pasado. Como digo, Benet no puede ser discutido en su rotunda afirmación del genocidio cultural intentado y fallido. Las matizaciones que a su texto cabría hacer son muy menores. Me parece discutible que la existencia de una peculiaridad o una autonomía catalanas fuera un importante factor en el estallido de la guerra. Más correcto me parecería decir que, una vez estallada esta por otros motivos, era esperable, por el modo de ser de la extrema derecha española, que tuviera esa consecuencia persecutoria. Benet, por otro lado, afirma que de no ser por esa persecución no sería precisa la normalización lingüística. Es verdad, pero esta última debiera ser por completo satisfactoria por sí misma y sin referencia a ese pasado de barbarie. El hecho de que en un determinado momento hubiera una situación de estas características en modo alguno puede llegar a justificar una legislación que no estuviera a la altura del ideal de la convivencia de culturas plurales como la que debe existir en España. El lector queda, en fin, con la impresión de que lo que debe reprocharse a una situación política a veces se le reprocha a lo castellano en general y esa

atribución resulta no sólo injusta sino que, además, puede convertirse en un grave atentado contra la convivencia. La misma persecución del catalán tras la introducción de la dinastía borbónica obedece a esas razones y no a otras.

La verdad es que en otro libro reciente hay una actitud perfectamente antitética pero cuyo resultado puede ser parecido. Me refiero a *Federico Jiménez Losantes, "Lo que queda de España", Madrid, Temas de Hoy, 1995*. No es un libro que haya sido publicado en los últimos tiempos pero la amplitud del prólogo y el epílogo de los que les ha dotado el autor permiten considerarlo así.

En una cita oportuna recuerda Jiménez Losantes que Unamuno ponía en el pasivo de un escritor francés el "no saber indignarse". Él sabe hacerlo e incluso de él se ha dicho que su obra consiste en eso pero eso no basta para dar peso y densidad a una trayectoria intelectual. Hasta esta nueva edición "Lo que queda de España" era su mejor libro, pues su obra posterior tiene deficiencias teóricas o es muy discutible desde el punto de vista historiográfico (me refiero al libro sobre Azaña). Este breve ensayo, aparecido en "Ajoblanco" en 1979, tenía, por un lado, el mérito de plantear un problema importante y por otro el de

constituir un signo de tiempos intelectuales cambiantes. Aunque lo que escribió en esa fecha acerca de la convivencia plurilingüística en Cataluña ya era discutible, por lo menos arrojó sobre la mesa una cuestión importante. Pero de todos los modos el libro resultaba de interés, sobre todo como testimonio del descubrimiento por parte de un escritor proveniente de la extrema izquierda del pensamiento liberal español y como testimonio de una cierta rebelión de los entonces jóvenes contra la generación intelectual de los cincuenta. El autor descubría mediterráneos, pero más vale que eso le ocurra a uno en su momento en vez de encerrarse en las logomaquias indescifrables de las que procedía.

Ahora, al libro de 1979, Jiménez Losantos le ha añadido un prólogo, algunos artículos más y un epílogo. El primero, aunque peca de megalomanía, tiene alguna evocación sentimental

meritoria y los segundos datan ya de hace quince años pero su lectura no desagrada. Lo que parece de una tremenda irresponsabilidad es el epílogo con que ahora concluye esta nueva edición.

Creo que ya en 1979 el autor demostraba una manifiesta insensibilidad sobre la cultura catalana y una afición al cliché sobre la burguesía de esta región que resultaban chocantes. Es difícil que pueda entender Cataluña quien viviendo allí no llega a interesarse por su cultura y se cree en serio que el nacionalismo es una cuestión que puede explicarse a base de lucha de clases. De todos los modos peor era el propósito suyo de inducir a que los emigrantes adquirieran una especie de conciencia de peculiaridad inadmisibles en la sociedad catalana que, en realidad, practica la convivencia sin demasiados problemas. Lo cierto es que ningún grupo político siguió a Jiménez Losantos. Si el bárbaro atentado de que fue objeto movía a la solidaridad, ese hecho y no la acción terrorista debería haberle hecho replantearse sus juicios.

Ahora, en el nuevo epílogo de este libro, Jiménez Losantos los ha radicalizado en extremo. Está convencido de la proscripción del castellano en un tercio del territorio español. Decreta, además, la inconstitucionalidad de la ley de normalización que todos los partidos apoyaron y

fue dictaminada positivamente por el Tribunal Constitucional. No contento con eso sugiere nada menos que el totalitarismo de los catalanistas y avizora un futuro de balkanización en que la Comunidad Valenciana se convierta en una reedición de Bosnia. Es "optimismo absurdo" —asegura— dar por imposible una guerra civil y llega a afirmar que es preferible una Cataluña independiente que una España sin Constitución, como si las dos posibilidades fueran una amenaza a la vista. En lo único que se puede seguir al autor es en la afirmación de que el plurilingüismo merece un debate intelectual permanente. Pero cuando se emplea un lenguaje como el citado que parte de fabular la realidad (y no describirla) para mejor maldecir al adversario no sólo se está actuando con una falta radical de respeto por aquella sino que se acaba por envenenar de forma irresponsable la convivencia. Hay problemas objetivos pero en la práctica el autor parece, por alucinación o por motivos partidistas, empeñado en multiplicarlos. Eso, por descontado, no sólo no es bueno sino que puede resultar pésimo.

Añadamos que siendo estos dos libros los más importantes aparecidos en los últimos meses acerca de esta cuestión han aparecido también otros que tienen el inconveniente complementario de la simplificación. En Cataluña se

han publicado otros cuya tesis esencial es la reflejada en el libro de Benet pero que resultan tener el inconveniente complementario de la simplificación extrema con los inconvenientes que de ella pueden derivar. En Madrid la actitud anticatalanista se desgana muy a menudo en artículos de prensa que no sólo plantean discrepancias con respecto a actuaciones concretas de un partido nacionalista, sino que sirven para multiplicar los motivos de recelo entre Cataluña y el resto de España. Quizá sería bueno superar esta polémica tratando de elevar el nivel y planteando, una vez más, el problema de la realidad de España.

Esta relación de ensayos relativos a materias políticas o que las rozan quedaría incompleta sin la referencia a algunos estudios de carácter universitario sobre distintos aspectos de la realidad política contemporánea. Al tratarse de

libros intemporales y destinados a un público que no tiene por qué ser muy amplio quizá merezca la pena hacer tan sólo una breve reseña de los mismos.

En *Josep María Colomer, "La política en Europa", Barcelona, Ariel, 1995*, encontramos una interpretación de la situación presente de la vida pública en el Viejo Continente coordinada por uno de los especialistas españoles en ciencia política más imaginativos, brillantes y cosmopolitas. Además de él otros conocidos politólogos dan cuenta del funcionamiento real de la democracia europea sometida a circunstancias muy diversas pero siempre en una situación muy peculiar desde la caída del comunismo. El resultado es desigual pero el nivel siempre resulta muy alto; merece la pena resaltar el excelente trabajo de Pasquino sobre Italia. Quizá hubieran sido útiles unas conclusiones globales, más amplias y generales, que pusieron en relación la política europea con la de otras latitudes.

En *José Manuel Cuenca, "Parlamentarismo y antiparlamentarismo en España", Madrid, Congreso de los Diputados, 1995*, tenemos un buen ejemplo de cómo un historiador puede acercarse a cuestiones muy de actualidad política. Más que de un estudio de las ideas políticas en la España contemporánea se trata de una descripción de cómo ha evolucionado la crónica

parlamentaria y la actitud del mundo intelectual ante el Legislativo en los últimos tiempos, incluso en el presente. Parte de una erudición bibliográfica excelente y de un gusto barroco en la expresión literaria que a veces resulta más discutible.

Con *Klaus von Beyme, "La clase política en el Estado de partidos"*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, volvemos a los problemas de la democracia contemporánea en los últimos tiempos. Dos fenómenos distintos (la caída de la nomenklatura comunista y la crítica al funcionamiento de la democracia en Europa y América) han arrojado sobre el tapete la cuestión de la clase política. Este bien conocido autor alemán se muestra un tanto suave en la crítica, pero su planteamiento comparativo y algunas de sus sugerencias prácticas tienen un interés indudable. La traducción algo defectuosa hace complicado un texto de por sí poco fácil.

Historia actual

Nuestro recorrido por las publicaciones recientes en Ensayo y Ciencias Sociales va a concluir con la mención de algunos libros que hacen referencia al más reciente pasado español. De ellas cuatro textos de muy diferente factura merecen nuestra especial atención.

En *Carlos Barrera, "Sin mordaza. Veinte años de prensa en*

democracia", Madrid, Temas de Hoy, 1995, se plantea una descripción de esos tiempos recientes desde una parcela muy concreta. La proximidad del vigésimo aniversario del comienzo de la transición parece que va a animar la proliferación de libros sobre lo que esos veinte años han representado. Este libro lo intenta respecto de los medios de comunicación y, aunque tenga errores y puntos más que discutibles, parte de una actitud ponderada y de una información muy amplia.

De interés más inmediato es todavía el libro de *Raimundo Castro: "El sucesor"*, Madrid, Espasa, Calpe, 1995, que pretende convertirse en un segundo intento biográfico acerca de José María Aznar, justificado ante todo por la presente situación política. Aunque con errores e interpretaciones dudosas y carente de grandes revelaciones, está muy por encima de los libros

aparecidos hasta ahora sobre el dirigente de la derecha. Es, sin

embargo, un tanto exagerado juzgar que este tiene una biografía propiamente dicha cuando lo cierto es que uno de sus méritos consiste precisamente en no tenerla y, por tanto, ser poco susceptible a reproche alguno.

De todos los modos de entre los libros de Historia actual creo que los que merecen más la atención del lector son otros dos, unas memorias y una biografía de quien ha concluido su vida pública activa. Me refiero a *José María García Escudero, "Mis siete vidas. De las brigadas anarquistas a juez del 23-F"*, Barcelona, Planeta, 1995 y *Manuel Soriano, "Sabino Fernández Campo. La sombra del Rey"*. Madrid, Temas de Hoy, 1995.

Para conocer el pasado reciente español el lector suele encontrar en el mercado sobre todo dos tipos de libros, las memorias y los reportajes periodísticos, del tipo de Raimundo Castro. Ambos tienen sus inconvenientes que podrían resumirse diciendo que las primeras son infrecuentes y, más aún, lo es que sus autores hayan aprendido la imprescindible técnica con la cual redactarlas mientras que los segundos suelen pecar de superficialidad y excesiva pasión por la anécdota. Los dos libros a los que se va a referir esta reseña están de manera clara por encima del nivel habitual y eso basta para traerlos a colación

y tratar de resumir y juzgar sus aportaciones.

A las extensas memorias de José María García Escudero se les podría reprochar quizá, aparte de la longitud, no estar libres de una cierta tendencia complaciente consigo mismo. Sin embargo brilla en ellas la sinceridad, la calidad literaria y también —¿por qué no decirlo?— la bondad del narrador; además su caso es el de un autor de memorias que sabe en qué consiste este género literario y se nota que ha disfrutado practicándolo.

En realidad, aunque —supongo que por razones editoriales— las memorias de García Escudero se inicien con el juicio del 23-F, el grueso de las mismas se refiere a la trayectoria del franquismo ofreciendo una panorámica de especial interés acerca de su vida cultural, bastante más rica en matices de lo que se suele admitir. Joven falangista que, con el paso del tiempo, resultó mucho más afín a los medios católicos, García Escudero fue, a la vez, protagonista de esa parcela de la vida española y ejecutor durante años de la política oficial en materia cinematográfica. Aunque hace ya años había publicado ya un diario de su etapa en la Dirección General de Cine, sus memorias actuales ofrecen una panorámica más decantada y completa. El libro ofrece, además, un interesante punto de vista acerca de la

evolución del catolicismo español.

Con respecto a la etapa de la transición, creo que las aportaciones más interesantes del autor empiezan por la etapa en que fue editorialista de "Ya" del que resulta difícil exagerar la trascendencia en esos decisivos momentos. Hubiera resultado profundizar más en la línea del diario católico y explicar de modo más claro las razones de su alejamiento del cen-trismo. En cuanto al intento del golpe de Estado del 23-F, García Escudero adelanta que no va a ofrecer revelaciones significativas y, en efecto, así es. El lector, sin embargo, queda convencido que el modo en que se tramitó el caso fue correcto y que la susceptibilidad de que hizo gala la prensa en esta materia se demostró excesiva. Al margen del proceso los retratos de los conspiradores resultan de una sorprendente finura. Armada, por ejemplo, viene a ser una reedición del Franco de 1936 y

Tejero mucho menos necio que la imagen que de él se suele dar.

Si la aportación de García Escudero es una pieza sólida para cubrir un vacío en el rompecabezas nacional, al libro de Manuel Soriano quizá le pase lo mismo, pero en este caso la razón estribará más en la ausencia de unas memorias escritas por quien fue Jefe de la Casa Real que en la condición indiscutible de testimonio aportado en el libro. Sin duda el libro de Soriano tiene un nivel superior al habitual en lo que respecta al reportaje histórico: ha elegido un buen tema, ha trabajado con tesón en él y parte de unas lecturas previas abundantes. Sin embargo no está libre también de defectos característicos en este tipo de libros. Le afea un cierto desorden que a veces le convierte en repetitivo, abusa de la anécdota incomprobada y a veces es impreciso en los datos (por ejemplo, ofrece dos fechas distintas acerca del momento en que el protagonista comenzó a trabajar en la Secretaría del Ministro del Ejército).

De todos los modos el primer argumento a favor de este libro deriva de la afirmación de Fernández Campos de que nunca escribirá sus memorias porque en ellas "lo interesante no lo podría contar y lo que puedo contar no es interesante"

(sic.). Creo que es una desgracia que lo haya considerado así y que hubiera sido posible escribir un libro que, sin ser indiscreto, aportara datos imprescindibles para la reconstrucción de la transición. Fernández Campos, sin duda, es un personaje de primera fila en ella. El apasionante relato que se hace en el capítulo relativo al 23-F, el mejor del libro, lo prueba, pero creo que ni siquiera hubiera sido imprescindible. Es muy probable que la simple descripción de la vida cotidiana en la Zarzuela en el momento de iniciarse la práctica de los usos en una democracia hubiera sido suficiente. En otros capítulos Soriano aporta

siempre datos de interés pero algunos de ellos discutibles: por citar tan sólo dos, baste con recordar el supuesto intento de Carrillo de que se formara un gobierno presidido por un

militar en 1981 o la no menos inimaginable disposición de algunos dirigentes centristas al voto de censura a Suárez.

Lo curioso del caso es que falta en este libro una explicación suficiente del modo y la razón de la salida de Fernández Campo de su alto puesto. El autor sugiere mucho pero titubea en la explicación y acaba por no aclarar al final lo suficiente. Quizá la clave mejor que ofrezca para la interpretación no sea ningún dato concreto, sino una frase de Gracián de acuerdo con la cual a los Príncipes les gusta "ser ayudados pero no excedidos". A D. Juan Carlos esto último le ha pasado más de una vez.